

149-050

LA  
FUENTE DEL OLVIDO

POEMA

DE

D. Antonio Alcalde y Valladares

CON UN PRÓLOGO

A JAMFOAMOR



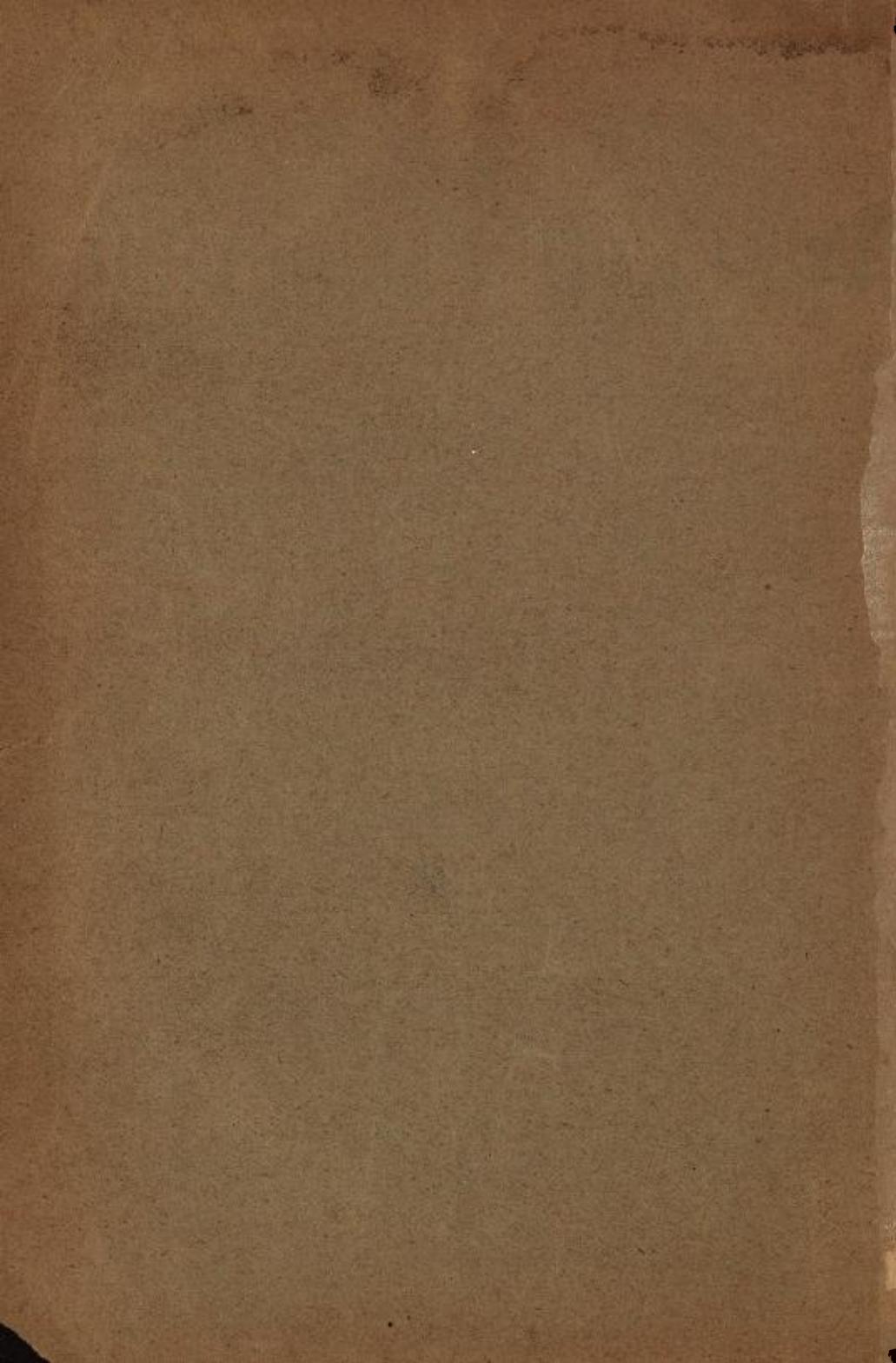
BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO DE ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>

223, CALLE DE CORTES, 223

1884

31

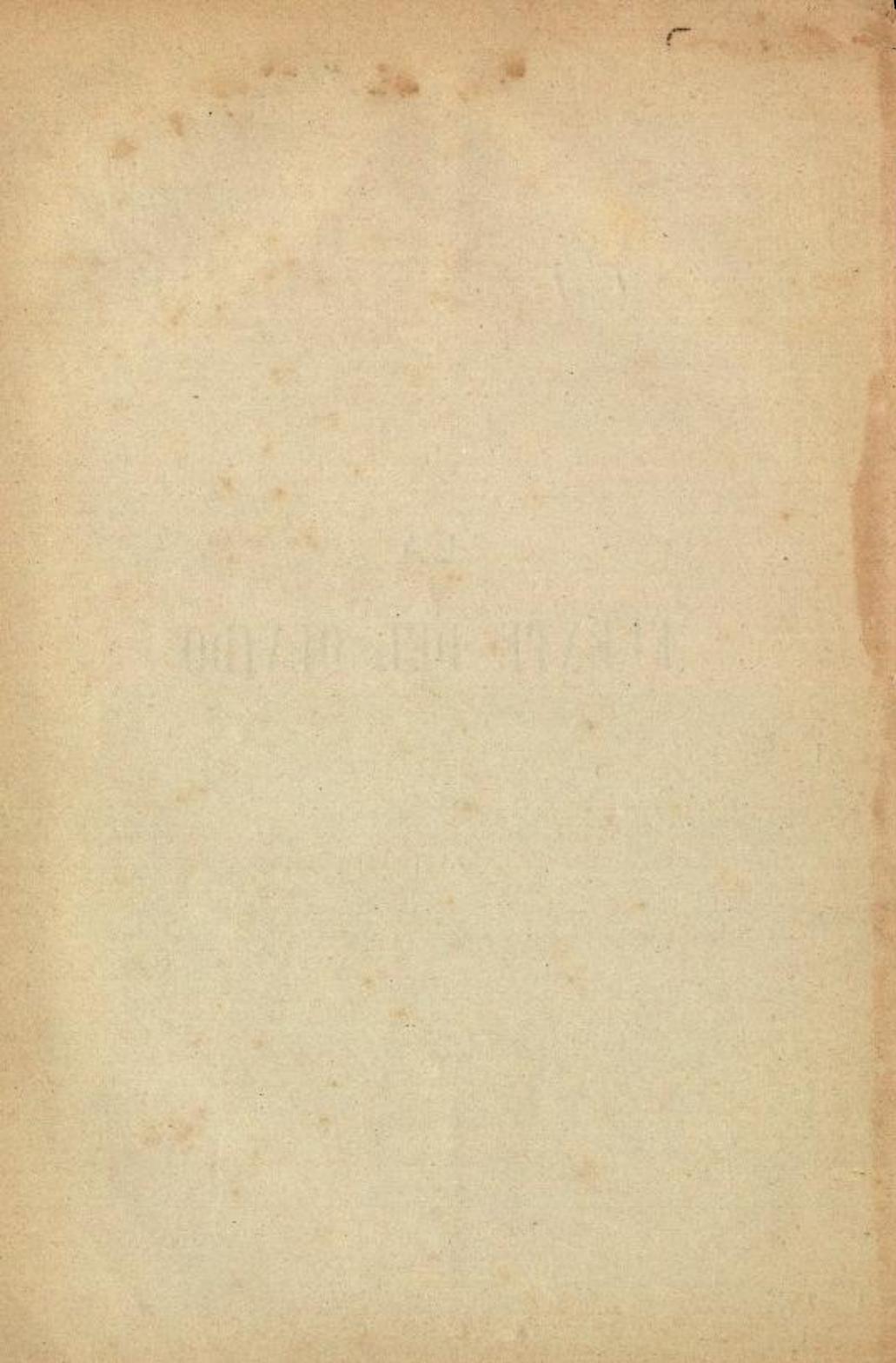


45-133

XIX 3568

LA  
FUENTE DEL OLVIDO





7

# LA FUENTE DEL OLVIDO

---

POEMA

DE

D. Antonio Alcalde y Valladares

CON UN PRÓLOGO

**A CAMPOAMOR**



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO DE ESPASA Y COMPAÑIA

223, CALLE DE LAS CORTES, 223

1884

Al gran escritor de esos  
los cordobeses, Sr. Fructo de  
Borja Pabon  
Su aff. y admirador  
A. Alcalá

Recibido 17 Junio /1886/

Á MI APRECIABLE AMIGA

D. Amparo Cantero de Padillo

EL AUTOR



A

## CAMPOAMOR

---

Queridísimo amigo: Me ha dicho usted que esta poesía, á pesar de sus muchas bellezas y encantadora versificación, no puede llamarse *poema*, por lo que espera que yo le pruebe que es realmente un poema para escribirle un prólogo. Dificil es la tarea si usted se encierra en el círculo que se ha trazado, ó más bien, si así como escribió una *Poética* para su uso particular, ha escrito unos *poemas* con el mismo objeto, y más dificil todavía tener que habérselas con un hombre de su gran talento y de su universal reputación.

A pesar de la desventaja de la lucha, trataré, aunque á la ligera, de probar mi aserto y de convencer á usted, aun cuando algunos dudan de sus convicciones y hasta de sus creencias sin que yo les siga por este camino, mayormente cuando yo conozco las prendas de su excelente corazón. Bajo este concepto, sólo le diré que llamo *poema* á esta obrilla, sin embargo de que no está escrita toda en versos de arte mayor, cualidad *sine qua*

*non*, usted le niega aquel nombre, porque he visto muchos poemas escritos en variedad de metros sin que nadie les haya negado el título de tales, ni sus autores hayan creído que aquel nombre no les cuadraba. Le citaré el *Diablo mundo*, de Espronceda, donde se encuentran redondillas escritas hasta en *caló*; Zorrilla en su *Granada* usa toda clase de versos, desde el endecasílabo hasta la seguidilla, aparte de su poema el *Cid*, escrito en romance. Núñez de Arce emplea las décimas en *La última lamentación de lord Byron*, en la *Visión de fray Martín* y otros poemitas. Creo que le cito á usted autoridades bien reconocidas, sin apelar al *Diccionario de la lengua* ni á nuestra *Retórica y Poética* que llaman poema á toda clase de poesía, si bien creen que los verdaderos poemas son los que alcanzan larga extensión en armonía con la grandiosidad del asunto de que se trata ó se canta, en cuyo caso, á pesar del sutil ingenio que en ellos rebosa, de la delicadeza con que están escritos y del *incondicional absoluto humano* que en ellos palpita, como usted dice, reflejo todo de su poderosa inteligencia, á pesar de eso, repito, los poemas de usted no pueden llamarse con ese nombre, porque sólo deben llevarlo el *Bernardo* de Balbuena, la *Araucana* de Ercilla, la *Cristiada* de Ojeda, la *Jerusalén* del Tasso, el *Don Juan* de Byron, las *Lusiadas* de Camoens, y otros muchos por este estilo.

Este inconveniente lo salva usted, al parecer, con una definición original como todo lo suyo:

dice usted que ha escrito sus *Poemas* para «dar forma á unas composiciones que reunieran todos los géneros poéticos desde el epigrama al madrigal hasta la oda y la epopeya.» Y luego, al hablar de su *Poética*, añade: «No tengo la vanidad de publicar esta *Poética* para que sirva de estudio á los jóvenes, sino que lo hago con el objeto de defender mi sistema literario.» ¿Qué resulta de sus mismas palabras? Que usted ha hecho unos *Poemas* y una *Poética*, *sui generis* ó, como he dicho antes, para su uso particular.

En este sentido, si mi poema no se ajusta á los de usted, se ajusta á los de otros, ó será una invención mía, aun menos original y menos discreta que las de usted.

No sé si estas razones le sacarán á usted de su error, que yo creo un error su opinión, y le vencerán de que si éste no es un *pequeño poema*, como usted llama á los suyos, hay que negarles ese nombre á los que he citado y á otros muchos que están en igual caso. No estoy lejos de creer con usted que son más bien leyendas, y así bauticé otro mío titulado: *Medina Azzahrá*, que anda rodando por esos mundos, como diría Cervantes, con el nombre de *leyenda* oriental. Pero por esta misma causa hay que negar el título de *Poemas* hasta á los de usted, porque no creo influya para llamarse así la medida de los versos sino la extensión y grandeza del asunto que se canta.

¿Dejarán de ser bellisimas, ingeniosas, admirables sus poesías porque se llamen de un modo ó de

otro? ¿No escribió usted sus deliciosas é intencionadas *Doloras*, que son otros poemitas más ó menos cortos? Pues llame usted *Dolores* á los más largos y así queda todo compensado.

Planteada la cuestión de esta manera, si no surge toda la luz necesaria, brotará al menos el convencimiento para el público de que usted tiene más talento que yo, infinitamente más, pero no más razón.

Sin otra cosa, es suyo, afectísimo amigo y compañero,

ANTONIO ALCALDE.

LA  
FUENTE DEL OLVIDO

---

CANTO I.

UN BESO Y UNA PROMESA.

Muere la tarde: triste centellea  
del moribundo sol la última lumbre  
que se pierde en la torre de la aldea  
y de sus cerros en la verde cumbre:  
la luna que blanquea  
con su pálida luz los olivares,  
se extiende vagarosa  
como nube de incienso en los altares,  
como niebla fugaz sobre la rosa.  
Reflejase el rocío  
sobre las flores que el fulgor delata  
y entre el silencio murmurando el río  
vese brillar cual cinturón de plata.  
El viento en la arboleda  
silba á veces, llevando por trofeo  
la seca rama que á su impulso rueda  
acallando el armónico gorjeo  
del triste ruisenior en la alameda.  
Las brisas que suaves

exhalan en las flores su gemido,  
suelen llevar las temerosas aves  
sobre sus alas á buscar su nido.  
Y respetando acaso las consejas,  
á veces legendarias,  
que cuentan para estímulo las viejas,  
rezando sus plegarias  
después que dejan el trabajo diario  
aquellas gentes, y en su hogar tranquilo  
concluyen de cenar con el Rosario,  
recuerdan en su asilo  
al calor de la ardiente chimenea  
aquella edad de venturosa calma  
que vieron en las tapias de su aldea  
crecer al fuego de la fe del alma.

También cuando se extiende  
el negro manto de la noche umbría,  
que sobre el prado, del cenit descende,  
el perro que latía  
acalla sus clamores  
como si el miedo desmayar le hiciera,  
y entonces los pastores  
recogen su ganado, y la pradera  
persignándose cruzan, y con lento  
paso van á gozar castos amores,  
y rezan al pasar junto al convento,  
que extiéndose en el llano  
como nieve entre tiestos de albahaca,  
como recuerdo del poder cristiano  
que entre huertas sus cúpulas destaca.

Allá junto á la fuente

que en límpidos raudales  
á las puertas del pueblo mansamente  
murmura entre azucenas y rosales,  
sentada en una piedra  
y acostada en un árbol pensativa,  
como si fuera trepadora hiedra  
que abrazada con él su savia liba,  
una mujer solloza  
como á quien fuego de dolor interno  
el alma le destroza.  
Sostiene entre sus manos,  
como emblema quizás de amor eterno,  
una rosa que el verla le embelesa,  
y en los delirios de su amor, insanos,  
con toda la efusión del alma besa.  
Era blanca su tez como la nieve,  
de boca nacarada y garzos ojos,  
de talle esbelto, de cintura breve,  
de hermosas formas y de labios rojos.  
Su pecho de topacio  
lo acariciaba con sus trenzas rubias,  
que eran rayos de sol que del espacio  
caen en la tierra al convertirse en lluvias.  
Su vista candorosa,  
que revela sus años y su orgullo,  
como revela antes de abrir la rosa  
la severa virtud de su capullo,  
fija en la flor aquella  
y en el manso murmurio de la fuente,  
cuando al casto placer de su querella  
le parece sentir la alegre huella  
del santo amor que en sus entrañas siente.

Del tosco asiento se levanta aprisa  
pareciendo su cuerpo que cimbreo  
palmera acariciada por la brisa.  
Inquieta la mirada  
gira en torno, con ansia la pasea,  
mientras que besa de la flor el tallo,  
cuando escucha sonar en la enramada  
el vago trote de veloz caballo  
que le hizo estremecerse alborozada.  
— ¡Es Arturo! exclamó. ¡Mi Arturo es ése!  
y adelantóse á verle en su carrera  
sin que en el pecho de latir le cese  
el corazón que el entusiasmo altera.  
— ¡Es mi amor! repitió, mientras que pára  
el caballo á sus piés de espuma lleno,  
que al conocer su encantadora cara  
alza el cuello á la vez que tasca el freno.

Arturo dejó el corcel,  
y entre la mútua sorpresa  
sonaron entre ella y él  
un beso y una promesa.

## CANTO II.

### EL JURAMENTO.

— Arturo, con cuánto afán  
te esperaba en estos días  
que tristes pasados van:  
pregúntale, capitán,  
á Dios por mis agonías.

—¿Por qué tu pecho tan puro,  
tu frente tan seductora,  
ven el porvenir oscuro?  
¿Tu corazón por qué llora  
cuando eres el bien de Arturo?  
—Mi corazón sólo encierra  
hondas penas que le envuelven  
como la noche á la tierra.  
¡Se van tantos á la guerra  
que luego, Arturo, no vuelven!  
—No temas por mí, hija mía,  
no temas rompa estos lazos  
mañana la muerte impía,  
que si yo muelo algún día  
moriré, Elena, en tus brazos.  
—Arturo, quizás herida  
en mi esperanza me siento,  
y una vez ésta perdida  
no sé qué presentimiento  
viene á amargarme la vida.  
De dudas acaso lleno  
ignoro qué ensueño tuve  
que no te encontré tan bueno.  
¿No has visto el cielo sereno  
cuando lo empaña una nube?  
—Elena, vén y no llores;  
alza tus ojos risueños  
de las hojas de esas flores  
y mira que mis amores  
son más grandes que tus sueños.  
¿Quién la esperanza te quita  
y lleva á tu fe la pena  
y tus venturas marchita

cuando sólo por tí, Elena,  
este corazón palpita?  
Tú serás en mi camino  
la luz que siempre recuerde  
cual gloria de mi destino,  
como recuerdo divino  
que nunca el alma lo pierde.

— Un dolor fiero y extraño  
me hiere aquí en lo profundo  
que hace á mi cariño daño.  
¿Sabes tú si paga el mundo  
el amor con desengaño?

— Virgen del alma, no llores,  
¡qué valen sueños ni arcanos  
con la fe de mis amores  
que es más pura que esas flores  
que viven entre tus manos!  
De rodillas, alma pura,  
y admirando tu candor  
que siempre fué mi ventura,  
Arturo, Elena, te jura  
que eres su gloria y su amor.

Al eco del juramento  
de amor que en sus almas arde  
la campana del convento  
tocaba en tañido lento  
á la oración de la tarde.

Al sonoro rumor de la campana  
y de la blanca luna á los reflejos  
se oyó la voz de la oración lejana  
y un jinete escapar se vió á lo lejos.

La niña entonces con el llanto impreso  
en su rostro de virgen angustiado  
dijo alzándolo á Dios:— ¡Me ha dado un beso!  
Díme, Dios de bondad, ¿habré pecado?

### CANTO III

#### UNA ROSA DE AMOR

Sobre la piedra aquella de la fuente  
que baña en su desmayo  
al declinar el sol en Occidente  
y perderse con él su último rayo,  
Elena está sentada,  
cual reina de la noche que preside  
la bóveda de estrellas coronada,  
y fija siempre en el vecino monte,  
que parece un fantasma que divide  
el mundo, la ilusión y el horizonte,  
en su mente revuelve, ansiosa, inquieta,  
las palabras de amor conque su Arturo  
la dió la rosa que en su mano aprieta  
como recuerdo de su bien futuro;  
la mirada fijó con desatino  
en las huertas que enfrente contemplaba  
sin que viese llegar por el camino  
aquel amor conque su amor soñaba.  
— ¡Pobre Arturo! exclamó ; cuánto me adora!  
Con su penacho grana  
volaba en su caballo en esta hora  
en busca de mi amor... Quizás mañana  
azares de la guerra

si la muerte no nubla sus albores  
lo vuelvan á esta tierra,  
edén de mis amores.—  
Y la niña lloraba de amargura  
en tanto que besaba  
de aquella rosa la corola pura  
que en su mano blanquísima apretaba.  
—Esta rosa, decía,  
que es gloria y es martirio  
y reflejo de pena y alegría,  
es la ofrenda de amor de su delirio.—  
Y llorando otra vez dijo anhelante:  
—¿Por qué ha de perseguir la horrible guerra  
siempre la fe de la mujer amante  
ó el amor maternal sobre la tierra?—  
Y al recordar de Arturo el juramento,  
llama de amor en sus pupilas arde,  
que le recuerda el rezo del convento  
que oyó también al declinar la tarde.

Seis noches oyó aquel rezo  
que su pensamiento arredra  
sentada sobre la piedra  
y echada sobre el almezo.

Ve las flores sin cogerlas  
é hincándose de rodillas  
siente abrasar sus mejillas  
dos lágrimas como perlas.

Y fijándose en el templo,  
dijo con santa inquietud:

—Quiero tome mi virtud  
de esas vírgenes ejemplo.—

Mas absorta en su delirio

vino el recuerdo á su mente  
de amor, cuando oyó la fuente  
correr para su martirio.

—¿En dónde estará? exclamó,  
cuando me olvidó no vive,  
¡un mes y Arturo no escribe!...  
¡ay! ¡en la guerra murió!—

Y al pensar su amor deshecho  
al rigor de muerte impía  
guardó la rosa que un día  
le dió su amante en el pecho.

Mas en la loca avidez  
de su pasión amorosa,  
volvió á sus manos la rosa  
para mirarla otra vez.

Y dejando en ella impreso  
todo el pesar que la envuelve,  
la dijo:—A mi pecho vuelve,  
llevando mi último beso.

## CANTO IV

### LA ÚLTIMA CARTA

Pasó un dia y otro día,  
la niña no fué á la fuente;  
estaba enferma y la gente  
su suerte compadeecía.

Nadie su virtud dudaba,  
mas la envidia no escasea  
y todo el mundo en la aldea  
de la niña murmuraba.

Unos decían:—Lo cierto

es que la ha dejado él, —  
y otros: — Es que el coronel  
en la última acción ha muerto. —

Hasta persona que pasa  
por bien enterada explica  
que casó con una rica  
porque lo curó en su casa.

Por fin á los rayos bellos  
del sol salió tan hermosa  
y pálida cual la rosa  
que adornaba sus cabellos.

Mas su hermosura no impone,  
y aparecen sus mejillas  
descarnadas y amarillas  
como la tisis las pone.

Sentóse junto á la fuente,  
corrió el llanto de sus ojos,  
y blancos sus labios rojos  
leyeron pausadamente:

“ Elena del alma mía,  
esta carta de dolor  
es un suspiro de amor  
que el desengaño te envía.

Al herir tu corazón  
que horribles penas oprimen,  
conozco que por mi crimen  
merezco tu execración.

Tal vez podrás poco á poco  
cicatrizarse esta herida,  
mientras yo seré en mi vida  
sólo la sombra de un loco.

En la cruel agonía  
de un corazón trizas hecho;

falta valor á mi pecho  
para matarte, hija mía.

Entre mi eterno pesar  
un voto cumplí ante Dios  
y ayer puse entre los dos  
una mujer y un altar.

En un combate empeñado  
caí con mortal herida  
y ella me salvó la vida  
y yo su honor he salvado.

Nuestras almas desunidas  
en la soledad parecen  
sombras que se desvanecen  
como ilusiones perdidas.

Yo si no he muerto en la guerra  
vivo ya en el ataud  
y tú eres con tu virtud  
un ángel sobre la tierra.

Mi vida sobre este suelo  
sin calma, entre abrojos rueda;  
para tí, niña, te queda  
la paz de un ángel, el cielo.

Quiero que me compadezcas  
porque morir no he sabido:  
olvídame: mas te pido  
por Dios, que no me aborrezcas.

Y si en tus ensueños zumba  
la voz de un alma traidora,  
es Arturo que te llora  
desde el fondo de su tumba.»

Al tocar el desencanto  
de aquella ilusión primera  
ni una exclamación siquiera

dejó exhalar el llanto.

Viendo el porvenir deshecho  
y todo su bien perdido,  
sintió el corazón partido  
como un cristal en el pecho.

Por fin en aquel retiro  
llorando con desconsuelo  
alzó los ojos al cielo  
al exhalar un suspiro.

Y convulsiva y demente  
con la mano temblorosa  
sacó del pecho la rosa  
arrojándola á la fuente,  
diciendo: — Ya que le pierdo,  
como se pierde la gloria,  
que muera con su memoria  
hasta el último recuerdo.

Triste, llorosa, sin amor ni vida,  
con lento paso, como sombra vana,  
de rodillas cayóse estremecida  
ante el templo al vibrar de la campana.

## CANTO V.

### DELIRIOS DE AMOR.

Volvió con su verdor la primavera  
ostentando de nuevo ricas galas  
y volvieron al bosque y la pradera  
las tiernas aves á tender sus alas.  
Las nubes indecisas

pasaban sacudidas por el viento  
y arrulladas á un tiempo por las brisas  
que las rizaban con su manso aliento.  
El prado de colores  
matizado, se torna de improviso  
en suave alfombra de lozanas flores  
que iluminan los mismos resplandores  
que llenan de esplendor el Paraíso.  
Elena en su tristeza,  
muerto su corazón, secos sus ojos,  
miraba con dolor tanta grandeza,  
sin desear siquiera en sus antojos  
las flores que galanas  
en tiempos que vivió sin amargura  
regaba en sus ventanas  
como sueño feliz de su ventura.  
Los recuerdos pasaban por su mente  
envueltos en el frío  
que iba del alma á congelar su frente;  
y así como desmaya  
el sol cuando se pierde en el vacío  
para morir en escondida playa,  
atado entre cadenas,  
que forjan el dolor y las congojas,  
su corazón se arrastra por sus penas  
como el sauce se arrastra por sus hojas.  
En medio de su vago parasismo,  
hijo del desaliento  
que acusaba cruel escepticismo,  
miró de pronto al viento  
una planta mecer que dulcemente  
ostentaba su flor de encantos llena  
nacida entre las grietas de la fuente

como nace el placer junto á la pena.

— ¡Gran Dios, esa es la rosa  
que dióme Arturo enamorado un día;  
yo la arrojé á la fuente, y más hermosa  
ha brotado insultando mi agonía!  
Ella fué ayer felicidad suprema,  
símbolo santo de mi amor primero,  
y hoy es tan sólo aborrecido emblema  
de mi destino fiero.—

E inclinándose en medio á sus congojas,  
cansada y débil, extendió los brazos,  
cortó la flor y la arrancó las hojas  
arrojándola al agua hecha pedazos.  
Y llorando de pena y sentimiento  
poco á poco se fué para la aldea  
oyendo el canto religioso y lento  
al son de la campana que voltea.

Un mes pasó cuando al morir el día  
envuelto en los aromas  
que hermoso mayo entre su manto envía,  
blanquísimas palomas  
nublando acaso el esplendor del cielo,  
dejaban la colina  
para en la fuente detener el vuelo  
y beber su corriente cristalina.

Elena recostada  
junto al árbol que tiene de costumbre  
sin fijar en el mundo su mirada  
devoraba su triste pesadumbre.  
Al fin, como esperanza que se cierra  
al contemplar el porvenir incierto,  
— ¡Qué triste es el vivir sobre la tierra,

dijo, teniendo el corazón ya muerto!  
Cuando en la lucha terrenal vencido  
ve el pecho rotas sus mejores galas  
llegando á parecer ángel caído  
que en el combate hasta perdió sus alas,  
¿de qué nos sirve la azarosa vida  
y tanto caminar, si no podemos  
más que llorar nuestra ilusión perdida?  
¿si al fin, como Moisés, nunca debemos  
llegar á nuestra tierra prometida?  
Mas al tender la vista en sus antojos  
para mirar de nuevo los lugares  
que ven ya siempre con dolor sus ojos,  
brotar de los pilares  
que sostienen la fuente misteriosa,  
miró otra vez su corazón helado  
aquella blanca rosa  
recuerdo funeral de su pasado.  
—¡Ella! ¡la rosa, por do quiera la hallo!  
exclamó balbuciente,  
y la flor arrancando de su tallo  
hecha pedazos la arrojó á la fuente.  
Ciega, demente, en confusión insana  
corrió desatentada, sin aliento,  
sin escuchar la voz de la campana  
ni el rezo que sonaba en el convento.  
Sólo, al pasar, en su dolor profundo  
dijo, temiendo que su pecho estalle:  
—Yo no puedo vivir en este valle...  
que es un valle de lágrimas el mundo.

## CANTO VI

### LA CONFESION

Apenas la campana de la aldea  
saludando la luz de la mañana  
sobre la torre secular voltea,  
las puertas del convento,  
símbolo santo de la fe cristiana,  
se abrieron al creyente  
que llevando en el alma el sentimiento  
rezando entraba con humilde frente.  
Allá junto al Sagrario  
el cura en el final de su carrera  
rezaba en su bendito breviario  
ante una vela de amarilla cera.  
De pronto la lectura  
deja apartando los cansados ojos  
del libro en que cifraba su ventura,  
y á los vagos reflejos  
de aquella luz, en su estupor divisa  
venir allá á lo lejos  
una mujer que se acercaba aprisa.  
El padre cura á la costumbre atento  
en su interior se dijo:  
—Esta viene á pedir el sacramento  
para el padre, el hermano ó algún hijo.  
—¡Padre, padre! gritóle con el llanto  
comprimidos los ojos;  
dadme un consuelo en mi infeliz quebranto:—  
y la pobre mujer cayó de hinojos,  
y en medio á su amargura

regaba con sus lágrimas ardientes  
los piés del pobre cura.

El venerable anciano,  
que llevaba la edad noble y tranquilo,  
—Vén, niña, dijo, y le cogió la mano,  
que aquí tendrás en tu dolor asilo.

—Yo, padre, necesito la indulgencia  
de Dios, al que he ofendido,  
porque llora afligida mi conciencia  
una dicha sin fin que ya he perdido.

—¿Y eso, niña, te inquieta?—Es que yo amaba  
como se ama á la edad de quince años  
y siempre que soñaba  
soñaba yo un edén sin desengaños.

—En buena parte quiso  
poner sus esperanzas tu conciencia,  
¿no sabes que en el mismo Paraíso  
perdieron nuestros padres la inocencia?

La vida ¡ay! hija mía,  
es un Calvario eterno de pesares,  
una lucha cruel con la agonía;  
mas siempre encontrarás en los altares  
dulces consuelos que el Señor envía.

—El hombre que yo amaba, en otros brazos  
buscó el amor que en el altar empieza,  
haciendo así mi corazón pedazos.

—Pues yo le hago pedazos la cabeza.

—Aquel amor querido  
quise enterrar bajo la inmensa losa  
que el mundo llama olvido;  
mas él me dió una rosa  
como una ofrenda de su amor ardiente,  
y siempre que olvidar quiero á mi amante

voy sin querer á la maldita fuente  
que me pone la flor siempre delante.

—No vayas á la fuente que te ofusca,  
troncha esa flor que tu quietud deshace.

—Si esa fuente parece que me busca  
y esa flor si la arranco otra vez nace.

—Acaso te atormenta  
triste visión que te robó la calma...  
tu mano siento arder calenturienta...

—Me hiere el corazón, me mata el alma.

—No llores, niña, ¿para qué te apuras?  
dijo el anciano con ferviente anhelo;

Dios por mi boca te dará venturas,  
porque en la tierra represento al cielo.

Si no existieran en el mundo amores  
ni celos ni falsías,

estábamos demás los confesores  
y viéramos las cárceles vacías.

—Sabed, padre del alma... con vergüenza  
os juro, lo confieso...

pero es preciso que ante vos me venza...

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó?—Que me dió un beso.

—No es mal amante quien así comienza.

—¿Tendré perdón por eso?—Sí, hija mía,

Dios es grande, inmortal, y la corona  
en tu frente pondrá...—¡Cuánta alegría!

¿Conque Dios me perdona?

—Tú llevas en tu frente la inocencia  
y ese Dios que contemplas Uno y Trino  
es el Dios que te acoge en su clemencia  
y te infunde su espíritu divino.

—¿Conque podré esperar?—Si te arrepientes  
estará Dios contigo.—¡Ay! sí, por eso

me arrepiento, Señor.—Si así lo sientes  
el beso borrarás con otro beso.

Siempre que escuches al morir la tarde  
el toque á la oración de esa campana  
y sientas, niña, que en tus ojos arde  
el santo fuego de la fe cristiana,  
entra en el templo que jamás se cierra  
á la virtud que en nuestro sér palpita,  
llégate á Dios con la rodilla en tierra  
y besa el tronco de su cruz bendita.

Y si ante el rezo que en sus naves zumba  
que á aquellas santas vírgenes inflama,  
se cierra el claustro como eterna tumba,  
no te vuelvas atrás, que Dios te llama.

Le echó la bendición mientras serena  
su santo corazón lleno de abrojos;  
y el anciano pastor en su honda pena,  
— ¡Es tan hermosa, dijo, como buena!  
y enjugóse una lágrima en sus ojos.

## CANTO VII

### LA FUENTE DEL OLVIDO

Llegó la tarde siguiente  
y pálida y pensativa  
sin saber adónde iba  
la niña llegó á la fuente.

Que aunque á veces se rechacen  
esos recuerdos que hieren,  
las memorias siempre quieren

morir donde mismo nacen.

Alzó en su indiferentismo  
la vista en vaga tristeza  
como la que á ver empieza  
el sueño de su idealismo.

Y al fijarse en la pilastra  
de aquella importuna fuente  
que el cristal de su corriente  
hasta sus piés casi arrastra,

Halló su pesar escrito  
en ella: la blanca rosa  
flotaba en el viento hermosa  
cual mancha de su delito.

Vertiginosa, frenética,  
ni la rosa la arrancó,  
y en vez de llorar lanzó  
una carcajada histérica.

Al mismo tiempo oyó el son  
de aquellas tristes campanas  
llamar las almas cristianas  
para rezar la oración.

Atraída por el tañido  
se fué á la iglesia corriendo  
en su corazón diciendo:  
—Ahora verán si lo olvido.

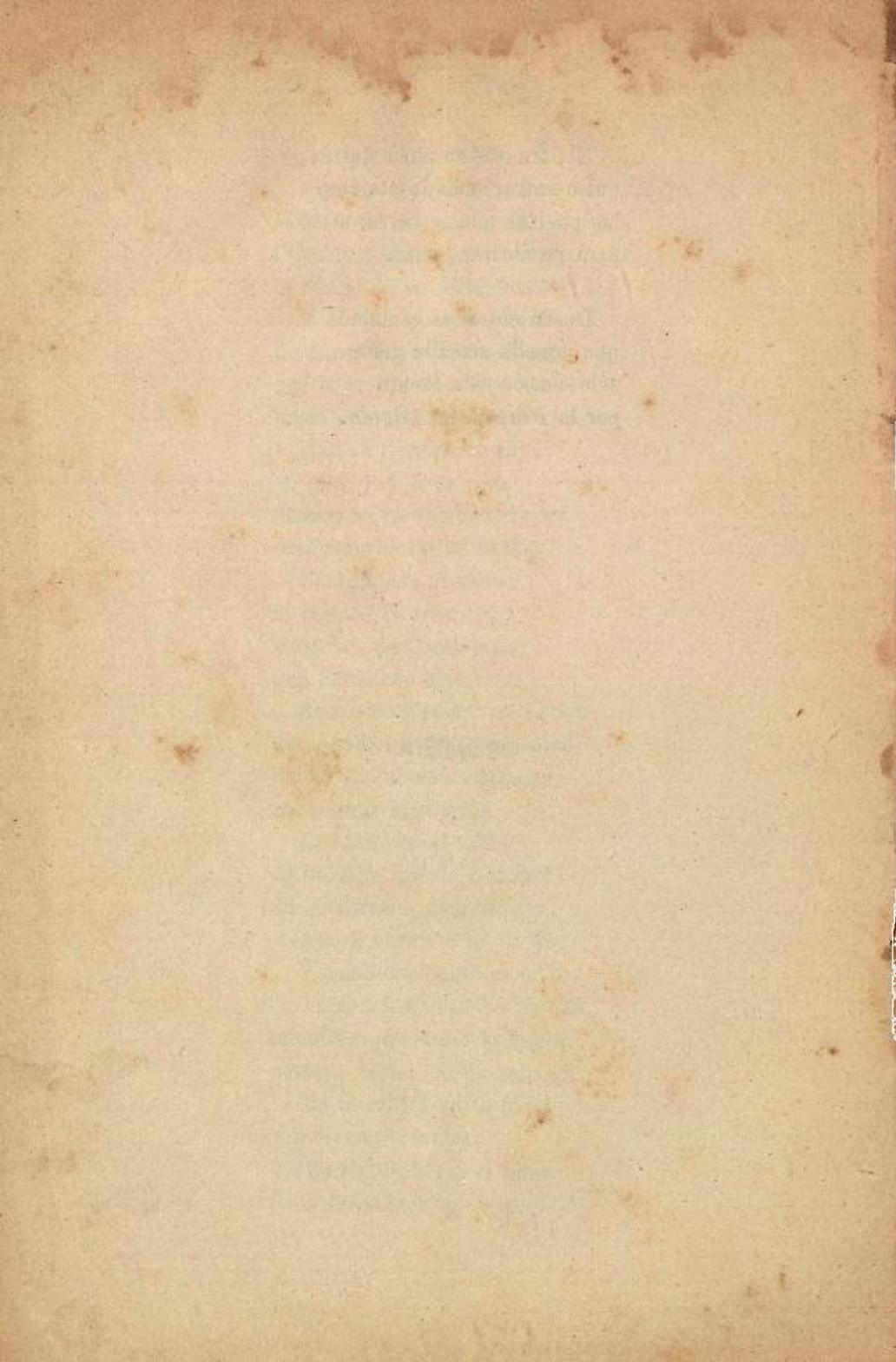
Y como obediente al fallo  
de su conciencia entró en ella,  
mientras que sintió la huella  
como al trotar de un caballo.

Iba el corcel en la pista  
y gritaba un militar,  
y ella siguió hasta el altar  
pero sin volver la vista.

El, tras de su amor quizás  
quiso entrar, mas lo atajaron  
las puertas que se cerraron  
para no abrirse jamás.

Desde entonces es sabido  
que aquella sencilla gente  
sólo conoce esta fuente  
por la *Fuente del Olvido*.







## OBRAS DEL AUTOR

---

|   |           |
|---|-----------|
| <b>Flores del Guadalquivir</b> , (3. <sup>a</sup> edición). . . . .           | 5 pesetas |
| <b>Hojas de laurel</b> , <i>poesías premiadas</i> . . . . .                   | 3 »       |
| <b>Lepanto</b> , <i>poema</i> , (3. <sup>a</sup> edición). . . . .            | 1 »       |
| <b>Medina Azzahrà</b> , <i>leyenda oriental</i> (3. <sup>a</sup> id). . . . . | 1 »       |
| <b>La Fuente del Olvido</b> , <i>poema</i> . . . . .                          | 1 »       |
| <b>Tradiciones de Córdoba y su provincia</b> . . . . .                        | 1'50 »    |

---

Los pedidos se harán al autor, calle de San Bernardo, 21, Madrid, y las *Tradiciones de Córdoba*, á Gregorio Estrada, Doctor Fourquet, 7.